

ESPERANZA DEL CUIDAR. SUFRO TU SUFRIR

Carlos DÍAZ HERNÁNDEZ

Resumen

Las personas superficiales padecen la inmediatez del desesperado; para ellas lo repetitivo aburre. Incapaces para ver en la repetición un camino de maduración perfectiva, su educación sentimental ha sido devorada por la educación sexual. Aquí lo que comenzó bajo el signo del amor creativo pasa a ser vivido bajo el signo de la igualdad jurídica.

La relación restauradora y esperanzada pide un empoderamiento compasivo, el cual: a) debilita al incompasivo y fortalece al débil; b) es dinámico y comunicativo, contra la anorexia desiderativa; c) se manifiesta en el deseo de ser mejor; d) conlleva voluntad de reconocimiento recíproco; e) es sinárquico, pues todos ganan, sin que por ello desaparezcan las diferencias personales, y f) es abnegado.

Abstract

Hope of caring. I suffer your suffering

Superficial people suffer from the immediacy of the desperate; for them, repetition is boring. Unable to see in repetition a path of perfective maturation, their sentimental education has been devoured by sexual education. Here, what began under the sign of creative love is now lived under the sign of juridical equality.

The restorative and hopeful relationship calls for a compassionate empowerment, which: a) weakens the unsympathetic and strengthens the weak; b) is dynamic and communicative, against desiderative anorexia; c) manifests itself in the desire to be better; d) entails a will for reciprocal recognition; e) is synarchic, since everyone wins, without personal differences disappearing, and f) is self-sacrificing.

Palabras clave: Esperanza. Cuidado. Sufrimiento.

Key words: Hope. Caring. Suffering.

De lobos y corderitos

La auténtica relación yo-tú sólo puede ser de ayuda y de apoyo mutuo, aunque en este terreno no es oro todo lo que reluce. En efecto, la *hipocresía del “dar lástima”* caracteriza al Nerón simulador, que derrama sus lágrimas en su vaso canopo tocando la lira mientras disfruta el incendio de Roma. Oh, yo, el lastimero, ¡qué alma bella soy, qué espíritu delicado el mío porque me da lástima el pueblo!, ¡y qué fantástico que existan muchos pobres para que yo sienta mi emotividad a flor de piel! Tal *simpatía imaginativa* es una fantasía narcisista, una forma de desvergüenza frecuentemente acompañada por un *¡Dios te ampare!*, es decir, *te quiero mucho, pero de pan poquito*. Aunque los sufrientes no están ahí ante nosotros para que nos den lástima, sino para que nos afanemos en la medida de lo posible en aminorar su penosidad dándoles la mano, las aves carroñeras incompasivas piensan: *Los corderitos dicen ‘estas aves de rapiña son malvadas’, pero las aves rapaces miraremos hacia abajo con un poco de sorna: nosotras no estamos enfadadas en absoluto con esos buenos corderos, incluso los amamos, no hay nada más sabroso que un tierno cordero*. Tantas son las formas de compasión carroñera como las estrellas en el firmamento. *Fingir* y mentir conlleva beneficios a veces, bien lo sabía Maquiavelo cuando afirmó que *el fin justifica los medios*. Frente a esa viscosidad carroñera, he aquí dos medidas de riqueza algésica: *cuanta menos gente me duela, más tacaño será mi sufrimiento; a menor profundidad de la herida, menor amor compasivo*.

Junto a la perversa hipocresía, ante el sufrimiento, tampoco bastan el abstracto *no hacer mal a nadie*, ni el prometeico *ofrece resistencia al mal (heroísmo activo del sufrimiento)*, ni el búdico *resiste al mal prescindiendo de la sed (heroísmo pasivo del sufrimiento)*, que anula el nexo causal entre el yo y sus actos predicando la *santa indiferencia de cada uno*. Tampoco vale la *reacción ocnofílica* que, para vencer la angustia,

mantiene el vínculo temeroso de dependencia con quien le dispensa seguridad. No. No basta *hacer bastante* (*satisfacere*), es necesario *padecer bastante* (*satispati*), la *satisfacción*, el *satispadecer*. Sentirse interpelado por la ajena *des/gracia* es una gracia, aunque nos haga sufrir.

Pero, además y sobre todo, ¿por qué deberían los demás soportarme a mí, el egoísta, e incluso pagar mis facturas?, ¿cómo sabría yo que el tú por mí auxiliado no va pagarme con una puñalada trasera después de haber lavado yo sus heridas?, ¿no sería eso hacer el tonto por angelismo, lo primero que me censurarían mis propios familiares? Cuando el auxiliado es una piedra de tropiezo e incluso de escándalo en mi camino, ser compasivo parece una quirotada. Por otra parte, la dulzura del “buen corazón”, la “simpatía natural” (*Mitgefühl*), la “empatía psíquica” (*Einfühlung*) por pertenecer a una misma especie, el sentimiento de “obligación moral” (*Gewissen*), el cumplir con la “obligación legal” (*Befehl*) y con el “orden social” (*Ordnung*), el *egoísmo razonable* de quien paga sus impuestos porque eso beneficia a todos, pero nunca la compasión asimétrica por el tú. Sumando todas esas razones no salen las cuentas de la compasión profunda. *Amar sin compadecer no es amar. Nuestro principio de identidad es la compasión del sufrimiento ajeno.* Nadie te abraza, luego no existes para nadie, yo para ti no estoy, puedes morirte, perro. La persona *des/pasiva* o *in/compasiva* no abraza. Existes para mí si tu agusanamiento me agusana. Quiero ayudarte, pero si no puedo, hasta el amor tiene su *límite compasivo*: un padre no debería engañar a su hijo tetraplégico con la promesa de que un día volará junto al sol.

De *therapeuo* (cuidar a los hombres como si fueran dioses) viene *terapeuta*, por tener algo de mágico, divino, pulquérrimo, aunque conlleve sufrimientos. *La compasión es más que la empatía o la simpatía, aunque se manejen sinonímicamente.* Tiene sentido afirmar *siento lo mismo que usted, pero no tengo compasión alguna de usted.* El historiador, el novelista, el artista pueden no sentir simpatía por sus personajes, “no es lo mismo *sentir lo mismo que otro que vivir lo mismo que otro*” (Scheler, 2013, p. 125).

El poder elpídico de la compasión: el sol dijo a la lámpara...

Pero *¿y si no puedo llegar a tanto por el motivo que fuere?* El sol pidió a la humilde lámpara de aceite que le sustituyese un rato, y ella dijo; *Se hará lo que se pueda. Si puedes curar, cura; si no puedes curar, calma; si no puedes calmar, consueta.* Sólo hay un deber que puede ser querido: *el poder de salvar; y sólo hay un honor: el honor de ayudar:* “La persona ideal estaría siempre dispuesta no sólo a *cumplir todos los deberes* y a extender a su alrededor con la doctrina y su ejemplo el bien en el mayor ámbito posible, sino también a *tomar sobre sí todos los sufrimientos*, hasta la muerte más ignominiosa, por el bien del mundo e incluso por el de sus enemigos” (Kant, 1970, p. 67).

Somos *pensantes com/pasivos*. Amar es la culminación del conocer. El corazón tiene sus razones que la razón no conoce. El *ordo amoris* del *cor/razón* abre camino haciendo *entrar en razón*. Donde no hay amor no hay verdad. Conocer es *co/nacer* al *con/doler*; si no me dueles, me es indiferente que existas o no. La prueba ontológica objetiva de la existencia de alguien es que me duele. No se ama solamente porque se conoce, en el amor se reconoce.

Como animal dúplice, en el *cor/razón* humano lo miserable y lo misericordioso van indisolublemente unidos debido a la biunivocidad de su naturaleza. No existe un *ordo amoris* sin algún *ordo timoris*, no vivimos *nec spe nec metu*, sin esperanza ni miedo; de tejas abajo, en nosotros laten amor y odio, pautas elementales de comportamiento que además se cultivan, siendo el *vicio* el resultado de un mal cultivo sentimental, y *la virtud* su contrario. Que la unidualidad amor/odio sea innata no impide su desarrollo por el aprendizaje. Hay que *educar los sentimientos*. Entonces *¿por qué me dueles?* Porque tu dolor despierta y activa el mío y pasas a ser importante para mí: por eso sufro tu sufrir. Me dueles por el querer con el que quiero quererte. Tú me dueles porque me dañas, porque te dañas, por lo que te hago, por lo que no te hago, por lo que otros te hacen, por lo que tú no sabes hacer, ni siquiera sé por qué me dueles. Mi dolor por ti deviene *con/dolencia*, aunque no se deba exigir reciprocidad al respecto (nadie tiene “derecho” a que le quieran). La manera más profunda de com-

prenderte es sufrir por ti, de ahí que cada ser humano se parezca tanto a su dolor.

Sentirse interpelado por el tú es una *gracia*, aunque nos haga sufrir, si nuestra capacidad de acoger con amor es mayor que nuestro esfuerzo; sólo se aguanta desde una opción por él. A la pregunta *¿dónde me gustaría estar ahora mejor que en ningún otro sitio?* respondo *aquí, acompañándote en tu angustia*. No podría yo tratarme como fin en sí mismo, si no cumpliera este requerimiento. La libertad ya no es mi intento de eludir el control o de evitar la coacción, sino mi reconocimiento de tu derecho a existir. Tu desvalimiento se me impone sin que yo pueda hacer oídos sordos con un *no es mi problema*; mi escapada me acusa. Eres tú quien toma la iniciativa con tu sola presencia; aunque no hagas nada, te interpones en mi camino. Ser *yo* significa diaconía, estar cosido a responsabilidades. *Extranjero para mí mismo*, ob/sesionado por él, *yo soy rehén* responsable de su miseria. *Mi conciencia pierde ante ti su primacía*. Nadie puede responder en mi lugar. Mi dignidad está en la respuesta responsable a la *segunda persona*. Ante el tú mi conciencia no vuelve triunfalmente sobre sí para reposar complacida en ella misma; no hay mayor hipocresía que la que ha inventado la caridad bien ordenada. Perdida mi soberanía, dice Levinas, el otro es el débil, el pobre, la viuda, el huérfano, el extranjero. Un judío *hasid* (piadoso), enfermo de Covid-19, agonizaba en el Centro Médico de Afula, al norte de Israel. Como no llegaba su familia para recitarle el *Shemá Israel* (Escucha, Israel), la oración más sagrada del judaísmo, a la hora de la muerte, lo hizo el enfermero jefe de la unidad, Ibrahim Maher, de religión musulmana: “Para mí era importante que su hija supiera que al menos logramos recitar el *Shemá*”.

No sólo no debo sentir alegría ante tu desgracia; ni pretextar que tu odio me da derecho a vengarme; ni que me diga a mí mismo que el derecho ha sido violado y que no soy yo, sino el derecho en sí, el que se está vengando, tengo que preocuparme positivamente por ti. El corazón distingue al hombre de la bestia. No odiaré a mi hermano en mi corazón. El odio no tiene justificación. No hay motivo ni razón para odiar; cada aparente motivo es un error y una aberración. No se ha de pretender una apreciación objetiva de la persona según su valía o dignidad, ni tomar en

consideración la maldad de su voluntad, la limitación de su entendimiento, o la absurdez de sus conceptos, ya que lo primero podría suscitar odio contra ella, y lo último desprecio; lo único que se ha de tomar en consideración son sus sufrimientos.

Se puede compadecer a la persona, o a alguno de sus estados. Pero el amor no crea los valores superiores en el otro, como si el otro no los poseyera. Estar dirigido hacia *lo superior de un valor* no equivale a estar *dirigido hacia un valor superior*. Amar lo superior de un valor bajo no es amar un valor alto. Querer el bien de alguien no es igual a quererle bien, pues en este último gesto hay una distancia entre quien es bien querido (abajo) y quien quiere bien (arriba). No tiene sentido querer el bien de Dios pues, por el hecho mismo de ser Dios, ya es bueno. No se “ama” un valor, sino siempre algo valioso. El deber de amar, que hace del amor un deber, niega el deber moral de querer bien y del hacer el bien concreto. No vale decir *yo amo Madrid* o *yo amo la coliflor encebollada*, solamente la persona podría ser objeto de amor, pues todos los demás objetos son amables hasta donde se proyectan antropocéntricamente. Yo sé quién soy por el cómo de mi amarte a ti y de mi ser amado por ti. El otro no es para mí un algo, sino un alguien, un tú. Es un interés des/inter/esado (Cfr. Díaz, 1997).

Simpatía y empatía

Carl Rogers tuvo más fama que sabiduría, la verdad sea dicha. En *Las condiciones necesarias y suficientes para el cambio terapéutico de la personalidad* (Rogers, 1957) elabora la *Unconditional Positive Regard*, cuyas tesis son: a) El contacto psicológico entre dos individuos sólo tiene lugar en el seno de una relación empática. La actitud empática es “un sentir el mundo interior y personal del cliente *como si fuera propio*” (Díaz, 1997 p. 44). b) El *counselor* se encuentra totalmente integrado en esa relación y experimenta una aceptación incondicional del cliente: “No me entretengo en aceptar o rehusar lo que el cliente dice, sino al mismo cliente, lo único que me interesa es aceptarlo”, “me siento igualmente cordial respecto a las cualidades del cliente, como a sus puntos flacos y a sus problemas, no me pasa por la cabeza juzgar lo que dice el cliente, a mí me

gusta el cliente” (Rogers, 1952, p. 71 ss). Según Rogers, el terapeuta prescinde totalmente de sus propios sentimientos para adoptar los ajenos, el problema es que sin los propios tampoco se captan los ajenos; lo que puede exigirse al terapeuta es dominar los propios sentimientos, no eliminarlos. La *primera confusión* radica en separar las cualidades del cliente y el cliente mismo, pues cada uno es su yo y sus circunstancias. La *segunda confusión* está en confundir el juicio intelectual y el juicio moral. Juzgar forma parte inevitable de la inteligencia discursiva (si digo ‘Juan está allí’ estoy juzgando conceptualmente); juzgar moralmente, sin embargo, es erigirse en juez de su comportamiento ético (como quedó patente en el diálogo Buber-Rogers, Buber y Rogers, 1996, p. 17-42).

La *actitud empática* estaría: *Away from façade* (libre de máscaras y apariencias). *Away from ‘oughts’* (libre del ‘deberías’). *Away from meeting expectations* (libres de lo que se espera de nosotros). *Away from pleasing others* (libre de agradar a los demás). Por el contrario, debe tender: *Toward self-direction* (hacia la dirección de sí mismo). *Toward being process* (hacia el ser en proceso). *Toward being complexity* (hacia el ser en complejidad). *Toward openness to experience* (hacia la apertura a la experiencia). *Toward acceptance of others* (hacia la aceptación de los otros). *Toward trust of self* (hacia la confianza en sí mismo). Demasiado *Toward* para tan poco tú-y-yo.

Aunque hoy se llame *empatía* a un *fühlen* barato, a un sentimiento impreciso, lábil, a un toquecito en la espalda, a un “ponerse en los zapatos del otro” (¿qué hacemos con los *sin zapatos?*), *simpatía* y *empatía* no son *sinónimos*. Los gradientes de *sim-patía* (*syn-pathos*) son diversos: tímidas, arrolladoras, desbordantes, líquidas, unilaterales, correlativas (*nebeneinanderfühlen*), inestables, recíprocas (*miteinanderfühlen*), profundas (*einsfühlen*). En general, la *simpatía idiopática*, que favorece lo propio y excluye o absorbe lo ajeno es la antítesis de la *simpatía heteropática*. Sólo en la libre *fusión intersimpática* se produce un *nosotros*. No se puede sentir en el otro sin sentir *con* el otro. Lo definitorio de la *empatía* es la *fusión de horizontes* (Buber y Rogers, 1996, p. 63-64). Por eso:

a) Nada tiene de empática la compasión que es una mera reacción de autoprotección para evitación del dolor propio, como lo ilustra la frase: *se acabó, quiero ver caras alegres a mi alrededor*.

- b) La empatía genuina no es la del tipo *no quiero ni imaginarme si le pasara eso a mi hija*, o *¿qué sería si me pasase a mí lo mismo?*
- c) El *parásito emocional* se adhiere fervorosamente a todo lo políticamente correcto y se convierte en su agitado portaestandarte.
- d) El *saprotitismo emocional* roba las vidas ajenas (*sí, sí, a mí me pasó exactamente lo mismo*) para llenar el vacío de la propia existencia gris. Este *vampirismo psíquico* es incapaz de simbiosis.
- e) Empatizar tampoco es *inundar*. A veces, en las antesalas de las consultas médicas, cuando cada paciente, desbordando sus vivencias propias, manifiesta que *eso que a usted le ha pasado en comparación con lo mío no es nada*, hace que, cuando llega mi turno, me den ganas de decir: *Doctor, atienda a los compañeros de ahí fuera, cuyos padecimientos fantásticos son dignos de ser investigados, lo mío no es nada*.
- f) Tampoco es empatía el *eudemonismo hipertrófico* que encuentra, al mismo tiempo en el sufrimiento de los demás, *consuelo para su propio dolor*. Son lágrimas de cocodrilo.
- g) No son empáticas las *angustias específicas de contagio* que evitan lugares tristes o esquivan imágenes crudas para borrarlas de la esfera de las propias vivencias.
- h) La empatía degenera en los escenarios de masas; la masa no tiene sentimientos, tiene instintos.
- i) La empatía no es la *universalización del sufrimiento* para que yo sufra menos: según Schopenhauer (1993), la persona compasiva no sólo encuentra en el sufrimiento ajeno un consuelo para el propio, sino que además lo incluye en el dolor universal en el cual alcanza el compasivo la resignación tranquila de sus propios padecimientos; el dolor terminaría triunfando como orden universal. El propio pesar habría de ser primero imaginado como ajeno, y después percibido como propio; sólo entonces *me doy pena a mí mismo*. De esta manera el mal de muchos me consuela. Falta sin embargo aquí el *syn interactivo* del *sim/patizar*.

Nuestro corazón no está configurado para amar primero y odiar después, ni a la inversa. La antipatía no siempre viene después de haber simpatizado antes, como si el odio fuese siempre un amor invertido, pues a veces se odia desde el instante mismo en que se nos aparece: *nondum odiabat et odiare amabat, todavía no odiaba y amaba odiar*. Quien no

puede odiar tampoco puede amar, quien no puede amar tampoco odiar. Cuando se ama algo, se odia lo inseparable de lo que se ama (odio la enfermedad porque amo la salud). También cabe *compatibilizar ambos sentimientos, tolerar lo que se odia*; u odiar esto más de lo que se ama aquello, sin por ello desear la destrucción de lo menos amado. Todo esto vale para el *resentimiento*; imposible estar resentido contra alguien sin que un bien propio de rango menor ocupe el lugar de un bien ajeno de rango mayor. Nadie odia sin degradarse y sin depender de lo odiado: el odio tiene a la corta asegurada su degradación, y a la larga su derrota.

La empatía relacional entre el terapeuta y su paciente

Un verdadero terapeuta es un orientador que propicia la buena relación:

- a) Está comprometido con su propio crecimiento físico, intelectual, emocional, social y espiritual: un cuerpo pobremente atendido pierde energía.
- b) Respeta la teoría y la investigación, pero es una persona práctica, un “traductor” de la buena investigación. No por ser un apercebido perceptor es ya automáticamente un buen comunicador. Con su amplio repertorio de respuestas, trabaja desde muchos puntos diferentes y conductas alternas.
- c) Respeta al otro sin juzgarle, confiando en las fuerzas constructivas encontradas en él.
- d) No está a la defensiva, sino dispuesto a decir lo que piensa y siente. No usa formulaciones ni generalidades vagas, oscuras, o vacías. Aunque cuidadoso, es llano y va al grano.
- e) Ayuda a elaborar programas de acción que conduzcan a cambios constructivos de su conducta, pues el proceso de ayuda no está completo hasta que el otro actúa autónomamente.

En cuanto a su actitud: Mira a la cara directamente (“estoy disponible para ti”) sosteniendo buen contacto ocular. *Mantiene una postura abierta* (brazos y piernas cruzadas son posiciones defensivas). *Se inclina hacia el otro* (señal de disponibilidad). *Permanece relajado* (sugiere: “estoy a gusto contigo”). *Escucha la conducta no verbal del paciente* (movimientos corporales, faciales, gestos), así como la conducta *paralin-*

güística (tono de voz, inflexión, énfasis, pausas). Ambas claves pueden contradecir el sentido de las palabras: según el tono de voz, un *no* significa un *si*. *Refuerza* sistemática y gradualmente, paso a paso, conductas deseables; o a la inversa, deconstruye las indeseables. Toma al paciente donde está, sin exigir metas para las cuales no está suficientemente preparado ni podría soportar una carga demasiado pesada. Para eliminar una conducta indeseable encuentra otra alternativa incompatible con la indeseable mediante procedimientos de reforzamiento (adiestrar a parejas en destrezas para escuchar y responder y no de recriminar y rugir). *Analiza el campo de fuerzas*: Juan tiene un problema, cuya solución es su meta. Ante esa meta, ve las *fuerzas restrictivas* que le alejan de ella y las *fuerzas facilitadoras* hacia ella conducentes; si aumentar una conducta facilitadora se traduce en un aumento paralelo de una fuerza restrictiva opuesta, podría ser mejor elegir una conducta diferente, o trabajar para reducir la fuerza restrictiva. Elige aquellos medios que son los más prácticos a tono con sus valores personales. Finalmente, evalúa su progreso. Si los medios elegidos son inadecuados, elige otros. *Identifica y clarifica los problemas en la vida del paciente estableciendo prioridades* y determinando cuál problema va a recibir atención prioritaria inmediata. No le hace trabajar sobre demasiados problemas al mismo tiempo. En la *estrategia de deseo* el paciente elige cursos de acción que podrían conducir a su meta deseada, sin considerar el riesgo, costo o probabilidad. En la *estrategia segura* elige cursos seguros de acción con un alto grado de posibilidad de éxito, pero no una meta en la forma o grado que le gustaría. La *estrategia de escape* deja al paciente elegir medios para *evitar* el peor resultado posible, es decir, a minimizar el máximo peligro. La *estrategia de combinación* le permite elegir cursos de acción que, pese a su riesgo, minimizan tanto el peligro como aumentan la probabilidad de alcanzar una meta en la forma y grado que él desea. Esta estrategia es la más difícil de aplicar, por eso el terapeuta ayudará a evaluar el riesgo, la probabilidad de éxito y los eventuales efectos colaterales de su acción. Para ello debe a su vez entender bien los recursos internos del orientado, así como de los ambientales para él disponibles. Para fijar *metas concretas eficaces*, el terapeuta *ayuda al paciente a elegir programas prácticos de acción (medios) con alta probabilidad de éxito* separando los programas de acción *prácticos* respecto de los meramente posibles. La *tormenta de ideas* ayuda a descubrir progra-

mas de acción: para dejar de tomar alcohol podría mudarse a una isla apartada donde el licor no está disponible; sin embargo, no resultara práctica; más factible sería unirse a *Alcohólicos Anónimos* y contar con la camaradería del grupo para ayudarlo a permanecer sobrio. *Elegir los medios disponibles para alcanzar cada meta concreta* fortalece las fuerzas positivas. Igualmente, *elegir los medios acordes con el sistema de valores del paciente* sirve para alcanzar las metas establecidas. Si el orientado carece de un sólido sistema de valores (se mueve con el viento), o sostiene valores destructivos (la creencia de que la auto-gratificación tiene preponderancia sobre toda otra consideración), resulta imprescindible la educación o reeducación axiológica, una experiencia que recompensa en sí misma. *Priorizar los problemas más presionantes o abrumadores*. Diluirlos para que el orientado no se abruma por la ansiedad. *Asumir algún problema o sub-problema que traerá mejoría general*. Y, como la mejora en un área con frecuencia se generaliza a otras, daremos a estas áreas máxima prioridad, pues si el paciente siente un pequeño grado de éxito al manejar cualquier problema (incluso relativamente fácil), encontrará refuerzo, lo cual le ayudará a confiar en sus recursos para atacar problemas más difíciles. La mayoría de los programas de acción no son simples, y pueden dividirse en una serie de pasos, sin que ningún paso sea demasiado complicado. Si lo fuera, habría que dividirlo en pasos más simples. Por ejemplo, antes de establecer contactos más cercanos con la gente, tendría que aprender destrezas relacionales en un grupo de adiestramiento, en el cual también debería empezar con las destrezas más simple y rápidamente aprendidas. La persona que aprende a prestar atención a otro ser humano, con frecuencia comienza a prestar atención a quienes están fuera del grupo de adiestramiento; ahora se *detiene* y permite a la otra persona ser como es, un paso muy simple pero muy importante. Si al hacerlo se siente recompensado, aumentará la probabilidad de avance para aprender destrezas más complejas (refuerzo). Un paso muy simple puede con frecuencia aliviar la tensión de un problema muy serio.

El terapeuta es parresiaco. *Parrhesía* (παρρησία) deriva de *παν* (todo) y de *ρησις/ρημα* (locución) y significa *decirlo todo*, aunque también deriva de *εο* (*reo*, fluir). Es el hablar decidido, con libertad y franqueza, con valentía y audacia. Quien vive *parresiacamente* sostiene

ne una indisoluble relación *utopofética* con la verdad; sin esa relación entre verdad objetiva y veracidad subjetiva, la mentira se ofrece como verdad y la inverecundia necesita para su autodefensa de otra mentira que la purifique; quien se avergüenza de sus mentiras es tributario de las verdades que niega. Y aquí aparece otra nota esencial de la *parresía*: la *humildad sin prepotencia frente al poder de la mentira, y la capacidad de sufrir*. La *parresía* es univitelina de la *épiméleia* o *cuidado*, en su doble dimensión de *cuidado para sí (cura sui)* y de *cuidado del otro (cura alterius)*, lo que la convierte en *virtud pública, sociopolítica*, contra la cínica falacia progresista que defiende las virtudes públicas sin las privadas, y contra la falacia integrista, que apuesta por virtudes privadas sin virtudes públicas. Una ciudad en la que cada cual cuidase de sí mismo como del prójimo encontraría en sí misma el principio de su perpetuación comunitaria. Esta virtud, cuyo lema imperecedero es el *cuida al prójimo como a ti mismo*, sólo puede habilitarse o hacerse hábil cuando el sufrimiento del tú es mi prójimo sufrimiento,

El miedo del yo autodesesperado, la desesperanza.

No siempre se sabe ser heteroempático ni autoempático. En efecto, según Sören Kierkegaard (1995), “la situación del desesperado tiene mucha similitud con la de un agonizante que yace en el lecho de muerte, debatiéndose con ella *sin poder morirse*, ya que la desesperación es la total ausencia de esperanzas, sin que le quede a uno ni siquiera la última esperanza, la de morir” (p. 16). El yo desesperanzado adquiere diversas formas:

- *El yo desesperado por autodespreciado*. Su tortura reaviva su rencor, pues *acumulando incesantemente en la actualidad desesperación pasada, desespera de no poder deshacerse de su yo presente*. Tal es la fórmula de la acumulación de la desesperación.

- *El yo real desesperado por el yo posible*. Al final lo posible lo abarca todo, pero entonces el abismo se ha tragado al yo. Apenas el instante revela su yo posible ya surge otro, y estas fantasmagorías desfilan con tanta rapidez que todo nos parece posible, tornándose así el yo una ilusión por haber salido de la realidad.

- *El yo sin potencia obediencial para aceptar lo necesario de su yo se debe a no haber percibido que ese yo es el propio yo, un yo preciso y, por tanto, una necesidad. Un yo que sólo se mira en lo posible sólo es lo que es a medias. Lo posible padece dos descarríos, en forma de deseo y de nostalgia, y de melancolía imaginativa (esperanza, temor o angustia).*

- *El yo desesperado por el yo necesario.* El determinista y el fatalista desesperan de su yo, puesto que para ellos no existe más que la necesidad. El yo del determinista no respira, pues la necesidad pura es irrespirable y asfixia fácilmente al yo.

- *El yo desesperado por no querer ser uno mismo.* Mientras dura la dificultad, el yo no se atreve a retornar a sí mismo, rehúsa ser él mismo, pues cree que la dificultad pasará, que quizá cambiará y ese sombrío panorama se olvidará.

- *El yo desesperado por aferrado a sí mismo contra lo eterno.* Teme que la eternidad le robe aquello que él considera demoníacamente su propia superioridad infinita sobre el resto de los hombres: su miseria. Es la *desesperación demoníaca*: querer ser él mismo, ¡con su tormento! para protestar toda la vida mediante ese tormento mismo.

- *El yo desesperado por ignorar el propio yo eterno.* El yo sensual, vanidoso y fatuo carece de la paciencia de ser espíritu.

- *El yo desesperado por desesperar del pecado.* El máximo pecado es creer que uno es el pecador más grande y que nadie puede perdonarlo: *Ese nunca me perdonaré* ¿significa que, si Dios quisiera perdonarlo, el hombre mismo no? El escándalo es desesperar del perdón.

- *El yo desesperado por el remordimiento* quisiera que lo acontecido no hubiera tenido lugar. La rumia eterna del *culpabilismo patológico inhabilitador* niega la culpa real sutilmente: *Soy el mejor porque mi percepción de la culpa es superior y por eso me remuerde más*; encontrándose en el fondo orgulloso de su finura moral. El escrupuloso es inconsecuente al no ser escrupuloso con su propio escrúpulo.

- *El yo desesperado obsesivo* convertido en idea fija, deja escapar su vida; su rumia mental es un error trágico que le saca de la vida. Schopenhauer (1993) acertó al resaltar el papel positivo del remordido que, no pudiendo sobrellevar el peso o la mancha de su malignidad, lo vive como un comentario retrospectivo en forma de *debieras haber actuado de otro modo*, o *deberías tratar de ser otro hombre*. La conciencia une así libremente el

pasado y el futuro y descubre la causalidad del yo por encima de sus actos de culpabilidad particulares. La persona capaz de arrepentirse (ningún otro ser vivo puede hacerlo) dice: *lo que hice no estuvo bien*, quisiera que no hubiera sucedido; lo que sucedió, sucedió.

Seis son las patologías. Primera: no querer ni poder perdonar (conducta neurótica). *Segunda,* querer perdonar, pero no poder. *Tercera,* querer y poder perdonar, pero el ofendido no acepta el perdón. *Cuarta,* perdonarse a sí mismo, pero no a los demás ni a Dios. *Quinta,* no poder acoger el perdón del otro. *Sexta,* acoger el perdón del otro, pero no perdonarse a sí mismo. Nietzsche erraba al considerar el perdón una vuelta al resentimiento contra sí, una interiorización del resentimiento que ya no diría “es culpa tuya”, sino “es culpa mía”, eternizando la deuda impagable, retroalimentada. También erraba Baudrillard (1992), para quien el perdón sería un metabolismo funcional con funciones regeneradoras, una zona de indiferencia estratégica.

Perdonar es mejor que odiar. Ninguna experiencia nueva puede darse sin el borrón y cuenta nueva que introduce el perdón, una ruptura, una ab/solución por otro, a quien no se puede forzar al respecto, sino exclusivamente agradecer si la ha ofrecido, o pedir y esperar que nos la ofrezca. Cuando esta reconciliación se hace imposible o cuando una vez ofrecida no se accede a ella, surge la acritud, el endurecimiento, la soledad, e incomunicación que nos hace sentirnos extraños en el mundo, ajenos a nuestro propio yo. El perdón que otro ser nos otorga nos arranca de una muerte cuya semilla nosotros mismos nos habíamos sembrado y cuyo crecimiento incesante no podíamos ya detener. Si no, perdonar es tornar como el asesino al lugar del crimen, por el perdón volvemos al presente vivimos liberados de la obsesión del pasado, así como de la angustia del futuro y renunciamos a tener la última palabra; perdemos el derecho por amor ganando en amor sin derecho; acogemos sin rechazo; revitalizamos por el amor lo que por odio había muerto; abrimos el futuro que rompe la ley de la deuda y el círculo del recuerdo inculpador.

¿Perdono, pero no olvido? Es bueno recordar para no volver a repetir lo malo, pero *recordarlo como perdonado*. El espíritu superficial

quiere que hasta ese recuerdo se olvide. Sin embargo, la fe dice: todo está olvidado, *pero* acuérdate del perdón. El creyente no debe olvidar, sino recordar lo acontecido como perdonado. El olvido anula las relaciones con el pasado, mientras que el perdón conserva el pasado perdonado en el presente purificado. El perdonado no deviene inocente. La *felix culpa*, el *saber olvidar*; cumbre del perdón recuerda la realidad, pero como perdonada; allí amnesia y memoria se concitan. Venga a nosotros, pues, el canto de León Felipe: “Soy ya tan viejo y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido y ya no puedo encontrarla para pedirle perdón. Ya no puedo hacer otra cosa que arrodillarme ante el primer mendigo y besarle la mano. Yo no he sido bueno... quisiera haber sido mejor. Estoy hecho de un barro que no está bien cocido todavía. ¡Tenía que pedir perdón a tanta gente...! Pero todos se han muerto. ¿A quién le pido perdón ya? ¿A ese mendigo? ¿No hay nadie más en España... en el mundo, a quien yo deba pedirle perdón?... Voy perdiendo la memoria y olvidando todas las palabras... Ya no recuerdo bien... Voy olvidando... olvidando... olvidando... pero quiero que la última palabra, la última palabra, pegadiza y terca, que recuerde al morir sea ésta: perdón” (León Felipe, 2010, s/p).

Contra desesperanza, adviento

Lo propio del ser humano es ir (diástole) y volver (sístole). La vida es cinética, irremediamente móvil, y lo que no late está muerto. Toda existencia es intencional, es decir, va hacia y viene de. La vida es *adventicia*. Sólo las personas advienen-hacia; cualquier fe de “toro sentado” es arrogante, hay que buscarla humildemente, ir a ella si queremos que ella venga a nosotros. Todas las cosas *llegan* aleatoriamente porque carecen de finalidad. Cuando las cosas llegan, o es por casualidad, o movidas por alguna persona. Lo *algo* no adviene, sólo el *alguien*. A la persona enquistada no le resultará fácil ningún adviento; adviento es acontecimiento novatorio, abierto a la novedad. Por su carencia de ósmosis (endósmosis/exósmosis) morirá ahogado como el rey Midas en el oro de su propia coraza (coraza es todo aquello que carece de corazón). Hay que estar abiertos, aventura es *adventura*, *oh dichosa aventura* en una noche oscura con ansias en amores inflamada.

Confundir la llegada de las personas con la llegada de las cosas significa poner al mismo nivel en la escala de valores ambas realidades, cosas y personas. Para saber quién adviene es necesario saber a quién le adviene, pues se acoge según quien se es, y eso implica también saber qué se quiere: ¿qué le pido yo al espíritu? Si pido materia, ¿cómo no habría de desasosegarme recibir mera materia? A veces, ni siquiera sabemos pedir. Ahora bien, quien no sabe pedir tampoco sabrá agradecer cuando lo recibido le es cónsono con su petición. Hay un tiempo para cada movimiento intencional.

Ante lo inesperado reaccionamos de modo distinto que respecto a lo esperado. Sea como fuere, lo que adviene lo agradecemos cuando resulta ser bueno, pero no antes de haber tenido experiencia de ello. Hay respuestas acogedoras y otras aversivas tanto para lo esperado como para lo no esperado. A veces llega lo contrario de lo que deseábamos, pero termina convirtiéndose en bueno; otras, llega con lo deseado lo temido. Sería necesario estar preparados para todo lo adveniente en este tercer milenio, pero eso resulta muy difícil y empeñoso, una nueva forma de ser, otra antropología.

Algunas gentes manifiestan deseos tan tornadizos como el siroco del desierto, después de cuyo soplo cambia todo el paisaje. Esas gentes son incapaces de un *Deseo* con mayúsculas en torno al cual articulen y organicen su vida con sentido. El viento que mueve a una veleta enloquecida no señala hacia ninguna dirección, y al señalar todas desorienta. El viento puede soplar con la misma intensidad y dirección, pero no así el funcionamiento de cada veleta.

Pero *nosaltres al vent, la cara al vent, les mans al vent...* No al viento enloquecido y enloquecedor de tramontana, sino al viento huracanado del espíritu, de la *ruah*, que nos desarraiga de las arenas para cultivarnos con raíces que nacidas de la tierra se elevan hasta el cielo.

En cuanto que seres relacionales, todo adviento es *acontecimiento*; de lo contrario, no pasaría de mera trivialidad casual. Todo acontecer es societario, sodalicio, eclesial, convocante, congregador incluso en su

formato disgregador. Se articula con otras personas o contra ellas, influyendo mucho en las propias decisiones personales el sentir de los demás, y en el de los demás la propia.

Cuando por espíritu de advenimiento la sociedad entiende la cagada de una paloma, tendremos un palomar, pero no mucho más. El advenimiento, *helas*, es entonces triste. Más triste aún si tenemos en cuenta que en todo ser humano hay más cosas dignas de admiración que de desprecio si en él adviene una forma de vida buena.

Es lo que nos falta, un viento nuevo. En efecto, para la persona vulgar el *coito* no es un *co itum*, un trayecto afectivo común, sino *-sit venia verbo-* un *egoito* onanista, y eso no sólo en la cama. En realidad, el Don Juan (o la doña Juana) superficial lo será siempre en todo, y no sólo en sus relaciones de pareja. Su inmadurez es la de un personaje triste y ansioso: *omne animal post coitum triste*. Al coito le sigue el hastío, y su pronta disolución; allí, cuanto más menos, y cuanto menos más. En las relaciones lábiles el *tú* se pudre pronto, algo que nunca se enseña ni en casa ni en los colegios, pues *la educación sentimental ha sido devorada por la educación sexual*.

Sin recorrido ni crecimiento conjunto de pareja, la avidez de lo inmediato ignora la espera; si quien espera hace, quien desesperara deshace. La *inmediatez del desesperado* es diabólica por su siempre decir *no* (*stets verneinende*) aunque parezca decir *sí*. El *sí* a lo superficial deshace el *no profundo* de la paciencia que abre futuro al pasado sobrepasado.

Conclusión

La estructura *pística*, *filica* y *elpídica* del ser humano resulta incompatible con la frivolidad. Yo soy lo que soy y también lo que no soy. Mi yo es participial por el orgullo de lo ya realizado durante la búsqueda del ideal de perfección; el yo fidelizador del yo no dice *ergo sum*, sino *ergo sursum*, hacia arriba. Hacia arriba, pero también contigo (*prorsum*), porque nadie va hacia arriba si no tiene con quien ir. Y al hacerlo se acerca

al *adsum* eternizador, pues todo amor desea profunda eternidad. Lo espiritual no procede de lo material; para nosotros, idealistas de y desde la realidad, sin idealidad no hay esa evolución perfectiva de lo material sin la evolución perfectiva que hay en ella. La relación puede ser vitalizadora (Y) o frustrante (O), y ésta a su vez es el resultado de una antropología frustrante. Hay que restaurar una relación que *energetice* el encuentro interpersonal, un advenio renovador.

Carlos DÍAZ HERNÁNDEZ es doctor en filosofía y licenciado en Derecho. Ha sido profesor en la Universidad Complutense de Madrid. Es presidente fundador de la Fundación Enmanuel Mounier en España, Mexico, Paraguay, Argentina y Colombia, así como de la Fundación Sinergia de Guatemala.

Referencias

Baudrillard, J. (1992). Paisaje sublunar y atonal. En A. Olivier (ed.), *El perdón, Quebrar la deuda y el Olvido* (pp. 35-42). Madrid: Cátedra.

Buber, M. y Rogers, C. (1996). *Eine Zwischensprache*. Wien: Pieper Verlag.

Díaz, C. (1997). *De la razón dialógica a la razón profética*. Móstoles: Madre Tierra.

Kant, E. (1970). *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid: Alianza.

Kierkegaard, S. (1995). *La enfermedad mortal*. Barcelona: Edicomunicación.

León Felipe. (2010). ¡Oh este viejo y roto violín!, Libro Noveno: El zurrón de las piedras. En *Poesías Completas*. Madrid: Visor de Poesía

(Original 1965). Extraído el 10 de diciembre de 2021, de <https://trianarts.com/leon-felipe-perdon-de-el-zurron-de-las-piedras/>

Rogers, C. (1952). *Psicoterapia centrada en el cliente*. Santiago de Chile: Gutenberg.

Rogers, C. (1957). The necessary and sufficient conditions of therapeutic personality change. *Journal of Consulting Psychology*, 21 (2), 95-103.

Scheler, M. (2013). *Wesen und Formen der Synpathie*. Bremen: Salzwasser-Verlag.

Schopenhauer, A. (1993). *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Madrid: Siglo XXI.